



nos, hasta cierto punto. Se elige, pues, un medio por su mentalidad, que es portadora de gérmenes psicóticos. Pensemos, por ejemplo, en los guardianes de prisiones. «Para pasar voluntariamente toda una vida en la cárcel dedicado a limitar la libertad de los demás, hay que tener un psiquismo bastante trastornado y una capacidad mental limitada, con frecuencia inferior a la de los detenidos», afirma un psiquiatra.

Lo mismo puede decirse de otro tipo de empleo que no goza en Francia de buena reputación: el de guardia republicano. Estos hombres son reclutados generalmente en el campo. Según el doctor G..., médico militar, es una de las profesiones en las que se da un mayor número de suicidios. «Otros se contentarían con emborracharse. Estos hombres no pueden. No tienen siquiera tiempo libre para desahogarse de vez en cuando. Presentan graves problemas patológicos ligados a la agresividad del medio y a la hostilidad del ambiente».

Las mujeres, obreras u oficinistas, parecen más permeables a la «neurosis industrial». Es verdad que, según el CNPF, «las mujeres se acomodan mejor que los hombres a las tareas monótonas». Un ejemplo entre miles: en una empresa de confección de Saint-Lézin, las jóvenes que forran botones levantan o bajan el brazo nueve mil veces a lo largo de su jornada de nueve horas. En este caso no hay que recurrir a un psiquiatra para que nos explique por qué el cerebro deja de responder. Las cifras del INSEE indican que las neurosis son responsables de la pérdida de tres jornadas de trabajo al año por asalariado y de seis por cada asalariada.

Las profesiones calificadas de intelectuales no quedan al abrigo de la violencia psíquica del trabajo. Según una encuesta realizada por científicos americanos, se da entre los profesores un 54 por 100 de neurosis, un 42 por 100 entre las religiosas, un 39 por 100 entre los hombres de leyes, un 30 por 100 entre los dentistas, un 19 por 100 entre los agricultores, un 17 por 100 entre los médicos y un 9 por 100 entre los mecánicos de ferrocarriles.

El doctor Claude Leroy, secretario general de la Liga francesa de Higiene Mental, analiza así la famosa «neurosis de los maestros»: «Nunca han salido del medio de la infancia. Los que, como ocurre sobre todo en el campo, no tienen muchos contactos exteriores, no pueden ser adultos con los demás. En un notario, la histeria no resulta demasiado embarazosa, un actor de cine puede incluso servirse de ella, potenciarla, a la hora de interpretar a un personaje. Pero en el caso de un maestro, la histeria se amplificará irremediablemente, pues aquél tiene enfrente un

espejo implacable, una caja de resonancia: su clase».

Igualmente cabría hablar de las neurosis y depresiones nerviosas de los periodistas, obligados a permanecer en un constante estado de alerta, o de la locura que afecta a los viejos músicos, roídos por una fama que nunca llegó a coronarlos. Sin embargo, la enfermedad del siglo, entre *spleen* y *stress*, es la que sufren, en grado diverso, la mayoría de los cuadros: la «cuadropatía». Esta enfermedad está ligada, según parece, a su «pérdida de identidad». Antes, el cuadro era un señor importante al que se saludaba por la calle: Señor Ingeniero. El cuadro se lamenta de no ser hoy más que un «simple rodaje anónimo e intercambiable de transmisión del poder». El obrero acude a la taberna para consolarse; el cuadro va a ver a su psiquiatra. La Liga de Higiene Mental ha abierto para los cuadros en paro —cincuenta mil—, particularmente depresivos, una oficina de «consulta psicopatológica». Al cabo de seis meses de paro, el 40 por 100 de los cuadros, víctimas del *stress*, sufren una depresión nerviosa.

El profesor Dumortier, de la Facultad de Medicina de Nantes, ha resumido del siguiente modo los peligros mentales. «Desde la cumbre hasta la base de la escala jerárquica nace una angustia que adopta formas diversas que van desde la enfermedad de los dirigentes a un miedo visceral».

Contra ese miedo que ataca al cerebro más que a las vísceras, hay quien se rebela. Contra esos «jefecillos neuróticos», por ejemplo, que tanto abundan en el mundo del trabajo. Pues bien, «un jefe neurótico contagia a la colectividad». Este teorema del doctor Claude Veil se verifica en la práctica. Una encuesta efectuada en una fábrica demostró que se producían cuatro veces más accidentes de trabajo en los servicios dirigidos por jefes autoritarios que en los demás.

¿Cómo escapar a ese virus? El entorno, las condiciones familiares pueden ser determinantes. Por otro lado, cuanto más fuerte es la personalidad, menores son las exigencias frente al medio, y más independiente es el individuo con relación a su trabajo: otro teorema de la psiquiatría. Falta por saber si, entre los menos favorecidos, el dinero no crea dependencia obligatoria.

«El hombre no está hecho para trabajar. La prueba es que cuando lo hace se fatiga». Hay una gran dosis de verdad en este chiste. Tensión de los obreros especializados, depresión de las telefonistas, angustias de los taxistas, irritabilidad de los camioneros, fatiga de los cuadros, abulia de las asistencias: otros tantos pródromos del año dos mil. Los accidentes de mañana se producirán en nuestras cabezas. ■ P. S.